

"¿De quién son los huesos  
de Cuauhtémoc?".

**Investigar, ¿para qué?**



**Dr. Raúl Rojas Soriano**



[www.raulrojasoriano.com](http://www.raulrojasoriano.com)

**“¿De quién son los huesos de Cuauhtémoc?”.  
Investigar, ¿para qué?**

Dr. Raúl Rojas Soriano

[www.raulrojassoriano.com](http://www.raulrojassoriano.com)

Academia.edu

**“¿De quién son los huesos de Cuauhtémoc?”.**

**Investigar, ¿para qué? Testigo de un hecho inédito el  
17 de octubre de 1985**

**Dr. Raúl Rojas Soriano**

**1** El 17 de octubre de 1985 se inauguró el Primer Congreso sobre la Práctica Sociológica organizado por el Colegio de Sociólogos de México, A.C. del que era entonces su presidente. Entre los personajes que impartirían conferencias magistrales estaba el doctor Rodolfo Stavenhagen. Cuando recibí un ejemplar de su ponencia el título llamó mi atención y pensé que posiblemente me había entregado un documento erróneo, o que el expositor no había tomado en cuenta el tema del congreso (“La Práctica Sociológica”). Este era el nombre de la ponencia del doctor Stavenhagen: “¿De quién son los huesos de Cuauhtémoc?”.

Cuando leí el escrito del insigne sociólogo me percaté que la conferencia no sólo era pertinente, sino que, además, resultaba de suma relevancia para tener en cuenta sus ideas, tanto en la práctica académica como en la de carácter sociopolítico. La ponencia del doctor Stavenhagen cuestionaba el hallazgo de los huesos del último emperador azteca, Cuauhtémoc, supuestamente descubiertos por la antropóloga Eulalia Guzmán en Ixcateopan, Guerrero, México, en 1949.

El discurso de Rodolfo Stavenhagen hacía referencia a una polémica en torno a la veracidad del hallazgo de los restos de Cuauhtémoc, y al uso de las Ciencias Sociales para justificar ciertas decisiones gubernamentales. La práctica sociológica, como cualquier otra práctica en las distintas áreas del conocimiento científico, no puede ser ajena al entorno sociopolítico que imponen las clases dominantes y, en este caso, las exigencias de quienes tienen el poder.

Lo anterior me ha hecho reflexionar sobre el tipo de información que cada conferenciante elige exponer en eventos académicos como en un congreso, en el cual se comparte con otros colegas, estudiantes y catedráticos la aventura de la construcción del conocimiento que espera aportaciones importantes para cada profesión. Sin embargo, el que una persona se atreva a realizar un planteamiento como el que el doctor Stavenhagen hizo en aquella ocasión trasciende su participación académica en el con-



greso referido puesto que mostró a través de su conferencia una posición ideológico-política.

Por ello, a partir de esa disertación realizo un análisis de la relación entre las exigencias de la clase dominante y las condiciones sociales en las que se genera el conocimiento, esto considerando algunos casos seleccionados para tal propósito.

2. Del texto inédito del doctor Stavenhagen extraigo algunos párrafos para ilustrar la utilización de las Ciencias Sociales de conformidad con los requerimientos de los gobernantes y de la clase política en general. La ponencia completa se presenta en el anexo II.

*Con frecuencia los científicos sociales son llamados a justificar y legitimar determinadas decisiones del poder público. Cuando esto sucede, pueden ocurrir fuertes conflictos de intereses entre unos y otros [...]. En México, se ha dicho que los antropólogos que trabajan en la política indigenista del Gobierno sirven a los intereses de un Estado burgués y no a los de las comunidades y pueblos indígenas. (¿De quién son los huesos de Cuauhtémoc?, p. 11).*

*Hace algunos años, creo que fue en 1949, la prensa anunció con grandes titulares que en Ixcateopan, Guerrero [México], habían sido descubiertos los huesos del*

*último emperador azteca, Cuauhtémoc. El anuncio despertó el fervor nacionalista del pueblo mexicano. Pocos años antes se había descubierto la tumba de Cortés y los hispanófilos mexicanos estaban agitando para que se le rindiera justo homenaje a Hernán Cortés como conquistador y civilizador de México. Al descubrirse los huesos de Cuauhtémoc, los mexicanos podían ahora rendir justo homenaje al héroe de la resistencia antiespañola. El hallazgo llenaba una necesidad política e ideológica del nacionalismo mexicano. La historiadora Eulalia Guzmán\* [18 de febrero de 1890-3 de enero de 1985], descubridora del entierro, fue homenajeada públicamente, incluso en la Cámara de Diputados.*

*Para que las cosas se hicieran bien, el Instituto de Antropología [de México] nombró una comisión científica con el objeto de estudiar el hallazgo y rendir su dictamen. **Este fue negativo: los huesos encontrados no eran de la época prehispánica y correspondían a individuos de ambos sexos y diversas edades.** El entierro correspondía a un periodo posterior al de la Conquista. La opinión pública se indignó contra los antropólogos y se nombró una segunda comisión [“La Gran Comisión”], la cual tuvo que concluir en el mismo sentido que*

---

\* En el anexo I se incluye el relato de Eulalia Guzmán sobre el supuesto descubrimiento de los restos de Cuauhtémoc.

*la primera*\* [febrero de 1951]. *Se exacerbó el nacionalismo y patriotismo. Los científicos fueron acusados de traidores a la patria y un indignado ciudadano sugirió que se les fusilara por la espalda. El asunto quedó allí y en Ixcateopan la tradición popular seguía rindiendo homenaje a los restos de Cuauhtémoc.* (Ibíd., pp. 12-13. El énfasis es mío).

*Unos años después, durante el régimen de Echeverría, el gobernador de Guerrero [México] pidió que se declarara formalmente, por acto de gobierno, que los restos de Cuauhtémoc eran auténticos y que se transformara Ixcateopan en sitio de honor de la patria. El presidente Echeverría, no queriendo dejarse sorprender, nombró una nueva comisión de estudios (la tercera) [“Comisión para la Revisión y Nuevos Estudios de los Hallazgos de Ixcateopan” en 1976], para que hiciera el dictamen definitivo sobre tan delicado asunto. La Comisión de antropólogos, historiadores, paleógrafos, químicos, geólogos, paleontólogos y otros especialistas, trabajó durante varios meses en el más absoluto secreto y rindió al Presidente su informe definitivo. **En este se dictaminaba una vez más que los mentados huesos no***

---

\* Eulalia Guzmán no estuvo de acuerdo con el dictamen emitido y escribió la obra *Genealogía y biografía de Cuauhtémoc: refutación a la afirmación del grupo oponente de la llamada Gran Comisión*, para objetar las conclusiones de la segunda comisión reafirmando que los restos de Cuauhtémoc, supuestamente descubiertos el 26 de septiembre de 1949, pertenecían al emperador azteca.

*eran los de Cuauhtémoc y que toda la historia había sido fraguada a principios de siglo para que el anuncio del descubrimiento coincidiera con las fiestas del Centenario. Sólo que el autor del fraude murió antes de tiempo y no fue sino muchos años después que Eulalia Guzmán fue sorprendida con esta historia y la opinión pública engañada.*

*¿Qué pasó con los resultados de esta nueva investigación durante los años setentas? Nada, absolutamente nada. No se dieron a conocer públicamente y se le echó tierra al asunto. La opinión pública sigue creyendo que en Ixcateopan descansan los huesos de Cuauhtémoc y el pueblo organiza anualmente una peregrinación a dicho lugar. La opinión de los científicos ha sido ignorada y los propósitos del nacionalismo mexicano han sido servidos. Esta historia, por supuesto, tiene una moraleja. En sus relaciones con el poder, las ciencias sociales distan mucho de ser inocentes. **Cuando convienen al Príncipe, se les usa; cuando no convienen, se les descarta, se les ignora, e incluso se les reprime.** Allí están los antropólogos que sirvieron a la CIA durante la guerra de Vietnam; allí están los sociólogos académicos reputados quienes se prestaron en los años sesentas para integrar el Plan Camelot que la CIA fraguó contra el movimiento popular en Chile. Pero también están aquellos colegas de las ciencias sociales quienes se opusieron a tal prostitución de*

*la ciencia y que defendieron, no sólo la objetividad científica, sino también los valores sociales de la decencia y del humanismo. Los científicos que defendieron la ciencia y la verdad no siempre salen tan bien librados. (Ibíd., pp. 13-14. El énfasis es mío).*

**3.** La ponencia que presentó Rodolfo Stavenhagen en el Primer Congreso sobre la Práctica Sociológica, organizado por el Colegio de Sociólogos de México, A.C. (del 17 al 19 de octubre de 1985) me lleva a analizar más ampliamente una decisión imperialista fraguada en Estados Unidos, me refiero al *Plan Camelot*. Por tanto, puede decirse que las Ciencias Sociales no sólo se han utilizado por los gobernantes y la clase política, sino también por la inteligencia militar para conseguir información que permita un mayor control social.

Tal fue el caso del llamado *Plan Camelot*, patrocinado por el Ejército estadounidense con el objetivo de conocer de manera más precisa la problemática sociopolítica de varios países de América Latina, Asia y África, a fin de mantener el orden social imperante que beneficia tanto a los grupos hegemónicos en cada país como a los intereses de Estados Unidos, y así neutralizar los conflictos y movimientos sociales.

El Ejército estadounidense, a través de la American University, buscó contratar a científicos sociales tanto de Estados Uni-

dos como del país en el que se llevaría a cabo la investigación, y en el cual podían intervenir asesores de otras naciones.

Al respecto, cito *in extenso* algunos párrafos del texto de un notable sociólogo estadounidense, Irving Horowitz:

*El Proyecto Camelot fue concebido a fines de 1963 por un grupo de oficiales de alto rango vinculados con la Oficina de Investigaciones Científicas del Ejército en el Departamento de Defensa. Estos oficiales estaban preocupados con los nuevos tipos de guerra que estaban surgiendo en el mundo. Las revoluciones en Cuba y en Yemén y los movimientos insurreccionarios del Vietnam y del Congo no se parecían en nada a las batallas de la Segunda Guerra Mundial. También eran muy diferentes del apocalipsis de la guerra nuclear que se esperaba y para la cual se habían formulado planes. Por primera vez en la historia de la guerra moderna, los establecimientos militares no podían emplear los inmensos arsenales a su disposición. En cambio, se veían compelidos, por efecto de un impasse geopolítico, a comprometerse cada vez más en formas primitivas de combate armado. En tales momentos, el Ejército se preguntaba: ¿por qué no se puede usar todo ese equipo bélico? Y también: ¿qué alternativas ofrecen los recursos de las ciencias sociales? (“Vida y muerte del Proyecto Camelot”,*

en *Revista de Ciencias Sociales*, núm. 2, junio de 1966, p. 148).

*Por lo menos para algunos de los hombres que tomaban decisiones en el Proyecto Camelot uno de los propósitos principales del mismo era impedir otro holocausto revolucionario en gran escala, como el ocurrido en Cuba. En un nivel mínimo, se compartía la creencia de que la Pax [Paz] Americana estaba gravemente amenazada y era posible fortalecerla para el futuro. (Ibíd., p. 152).*

*Para concluir, es necesario tener claros en la mente y separados dos aspectos importantes. Primero, el Proyecto Camelot era desde el punto de vista intelectual, y desde mi propia perspectiva -señala el autor de estos párrafos, Irving Horowitz- un proyecto ideológicamente erróneo. El Proyecto no fue suprimido a causa de sus deficiencias intelectuales, lo cual es más significativo. Su supresión fue un acto de censura gubernamental [de Estados Unidos] y expresión de ese menosprecio a las ciencias sociales que cunde entre aquellos que más las necesitan. Por lo tanto, fue la conveniencia política, antes que la falta de mérito científico, lo que condujo a la muerte del Proyecto Camelot, ya que amenazaba con perturbar las relaciones del Departamento de Estado con la América Latina. (Ibíd., p. 164).*

Sobre el *Plan Camelot* la Universidad de La Habana expone sus puntos de vista:

[...] *Queremos mostrar el aparato cultural del imperialismo, mediante dos de sus caras: los proyectos de investigación social y la ideología prevaleciente tras la ciencia social que se desarrolla en la Universidad burguesa. Los proyectos de investigación social —prototipo de los cuales es el Proyecto Camelot— aparecen bajo una cobertura científica irreprochable y se propone elaborar modelos predictivos de cambio social. En otras palabras, constituyen una investigación de las potencialidades revolucionarias y la elaboración de recomendaciones para su neutralización. Su función no es buscar la causa del descontento, que reside en el sistema, para eliminarlo, sino sugerir cursos de acción para neutralizar el descontento sin eliminar las causas.*

*En este proceso acopian información vital para la estructura de dominación imperialista y que luego es utilizada contra nuestros pueblos. Es, como acertadamente ha calificado Gregorio Selser, un caso de espionaje sociológico. La indignación y repulsa que provocó el Proyecto Camelot no ha detenido esta línea, si acaso, la ha vuelto más sutil como lo muestra el Proyecto Marginalidad. Las clases dominantes no financian investigaciones perju-*



*diciales a sus intereses: los recursos técnicos masivos, las mejores posibilidades de investigación están dados a aquellos que se adecúan a las reglas de la ideología y de las funciones que señala a la Universidad el sistema, independientemente de la buena o mala fe del científico.* (“Imperialismo y Ciencias Sociales”, en Revista *Referencias*, La Habana, Cuba, 1970, p. 2. El énfasis es mío).

Los expertos de la Universidad de La Habana continúan su análisis:

*La historia del proyecto, brevemente expuesta, es la siguiente: Se elaboró en los EE. UU., por una comisión de sociólogos, proponiéndose que el documento final se terminara en el verano de 1965. Sin embargo, cuando los sociólogos latinoamericanos tuvieron conocimiento de lo que se proyectaba, reaccionaron violentamente, e indignados se negaron a cooperar; esto atrajo la atención nacional de Chile, y posteriormente, la internacional. Como resultado del escándalo se canceló el proyecto el día 8 de julio, por la oficina del Secretario de Defensa y posteriormente por una orden del presidente de los EE. UU., que fue publicada el día 5 de agosto, donde proclamaba que no se llevaría a cabo ninguna investigación patrocinada por el gobierno en zonas extran-*

*jas, ya que a juicio del Secretario de Estado esto afectaría las relaciones internacionales de los EE. UU. De esta manera, el asunto alcanzó celebridad el pasado año, siendo muy debatido en las reuniones de las asociaciones profesionales de Ciencias Sociales. (Ibíd., p. 14. El énfasis es mío).*

4. El día jueves 5 de marzo de 2015 publiqué en el periódico *La Jornada*, de México, una carta en la que mostraba que el libro del antropólogo estadounidense Oscar Lewis, *Los hijos de Sánchez*, editado en 1964, revelaba la situación de México de la década de los sesenta del siglo pasado, realidad que no ha cambiado substancialmente hoy en día.

Por dicha investigación el gobierno mexicano promovió al año siguiente (1965) un juicio penal contra el autor del texto y el editor del mismo, Arnaldo Orfila.

A continuación, presento la carta que envié al rotativo *La Jornada*:

# La Jornada

JUEVES 5 DE MARZO DE 2015

MÉXICO, DISTRITO FEDERAL • AÑO 31 • NÚMERO 10987 • [www.jornada.unam.mx](http://www.jornada.unam.mx)

## ▶ EL CORREO ILUSTRADO

### **EL LIBRO *LOS HIJOS DE SÁNCHEZ*, DE OSCAR LEWIS, DE 1964, REVELA NUESTRA REALIDAD ACTUAL**

A raíz de los escándalos por el enriquecimiento ilícito de la clase política mexicana debemos releer la obra del antropólogo Oscar Lewis *Los hijos de Sánchez*, en la que se describen los problemas cotidianos de una familia en el barrio de Tepito, ciudad de México. Jesús Sánchez, jefe de la familia, dice: “Hay que vivir dentro de nuestras familias para conocer qué enfermedades han sufrido y cómo pueden curarse. No han estudiado a fondo el problema mexicano. Esos señores gobernantes andan en sus coches muy lujosos y tienen millones en el banco, pero no ven para abajo, donde está la gente pobre” (p. 1061).

El libro, que se publicó en 1964, al igual que su autor y el editor, fueron sometidos a un juicio penal hace 50 años (febrero-abril de 1965), promovido por el gobierno de Gustavo Díaz Ordaz, a través de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, por “obsceno, difamatorio, antimexicano y subversivo”, ya que “presenta solamente aspectos negativos de la familia mexicana de escasos recursos económicos”. Los gobernantes deberían releerlo.

Dr. Raúl Rojas Soriano, académico de la UNAM ([www.raulrojassoriano.com](http://www.raulrojassoriano.com))

La carta que me publicó el periódico *La Jornada* –en la que expongo ciertas ideas tomadas del libro de Oscar Lewis– me ha motivado para citar otras partes del texto *Los hijos de Sánchez* a fin de mostrar las relaciones entre las Ciencias Sociales y el poder público.

Enseguida expongo algunas declaraciones del jefe de la familia, Jesús Sánchez, contenidas en la obra antes referida:

*El pueblo mexicano se está hundiendo por falta de un guía y falta de hombría, y por tanta porquería, como usted puede ver. (Oscar Lewis, *Los hijos de Sánchez*, p. 509).*

*Hay que vivir dentro de nuestras familias para conocer qué enfermedades han sufrido y cómo pueden curarse. No han estudiado a fondo el problema mexicano. **Esos señores gobernantes andan en sus coches muy lujosos y tienen millones en el banco, pero no ven para abajo donde está la gente pobre.** No se meten por ahí ni en carro. Andan por allá, en el centro, donde hay cosas elegantes, comercios elegantes; pero donde vive la gente humilde, la gente pobre, desconocen esa vida miserable que lleva esa gente. Desconocen ese problema tan grande y tan hondo que existe en nuestro México. Desconocen a aquellas gentes que comen una vez al día. (Ibíd. El énfasis es mío).*

*La pandilla gubernamental no deja subir a gentes que piensan de otra forma. Aquí, como en todas partes, hay pandillas. Cuando [Miguel] Alemán, supe yo –muchas cosas se saben siempre, ¿verdad? – que entró mucho dinero para la propaganda entre los que venden narcóticos, entre los camioneros, el monopolio de los camioneros. Les decían: «Si ganamos, les dejamos subir un quinto». Ganó, y subió el pasaje. (Ibíd., p. 511).*

De esta manera el antropólogo Oscar Lewis, en la Introducción del volumen referido, asevera lo siguiente:

*En verdad, la estabilidad política de México es un triste testimonio de la gran capacidad para soportar la miseria y el sufrimiento que tiene el mexicano común. Pero aun la capacidad mexicana para el sufrimiento tiene sus límites, y a menos que se encuentren medios para lograr una distribución más equitativa de la cada vez mayor riqueza nacional y se establezca una mayor igualdad de sacrificio durante el difícil periodo de industrialización, debemos esperar que, tarde o temprano, ocurrirán trastornos sociales. (Oscar Lewis, *Los hijos de Sánchez*, p. 51).*

Los señalamientos expresados por Jesús Sánchez y Oscar Lewis fueron utilizados por el gobierno mexicano, a través de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, para llevar a cabo el juicio penal al que me he referido.

El Procurador General de la República, Manuel Rocha, después de un análisis minucioso de los documentos que presentó la parte acusadora, y luego de oír los testimonios del autor y editor, desestimó los cargos, y el 6 de abril de 1965 se divulgó dicho veredicto, lo cual no impidió que en noviembre de ese año (1965) el editor del Fondo de Cultura Económica que publicó el libro

citado, Arnaldo Orfila, fuera obligado a renunciar a la dirección de esa editorial.

5. Investigar, ¿para qué? Por lo general en los libros, cursos y conferencias sobre metodología de la investigación pocas veces se reflexiona sobre el uso de los resultados del trabajo científico, lo cual tiene que ver directamente con el compromiso social del investigador con la institución o el directivo que apoya la pesquisa. Sin duda, aquí está presente la ideología política tanto del investigador como de quien subvenciona el quehacer científico.

Igualmente, dicha ideología se manifiesta en la manera de acercarnos a los individuos, familias y grupos sociales, en relación con las Ciencias Sociales.

Un caso emblemático es el de Federico Engels (1820-1895) quien en la Inglaterra del siglo XIX dejó de lado las comodidades propias de la clase acomodada a la que pertenecía para realizar un trabajo de investigación-acción. Tal paradigma metodológico le permitió convivir con familias de la clase trabajadora inglesa, con el fin de conocer con mayor objetividad y precisión las condiciones de vida y de trabajo de esas familias.

Al respecto transcribo la Introducción que hizo a su obra *La situación de la clase obrera en Inglaterra* (Edición de Cultura Popular, México, 1977):

*Trabajadores:*

*A vosotros dedico una obra en la que he intentado poner ante mis conciudadanos alemanes una fiel pintura de vuestra situación, de vuestro sufrimiento y luchas, de vuestras esperanzas y perspectivas. He vivido bastante entre vosotros, para conocer algo de vuestra condición; a vuestro conocimiento he dedicado mi mayor solicitud, he estudiado, cuanto me fue posible, los varios documentos oficiales; no me contenté con esto; quise, más que el conocimiento abstracto de mi asunto, **sentí la necesidad de veros en vuestras mismas casas, de observaros en vuestra vida cotidiana, de charlar con vosotros de vuestras condiciones de vida y sufrimiento, de asistir a vuestras luchas contra el poder político y social de vuestros opresores.** He hecho así: abandoné la compañía, los convites, el vino de oporto y el champaña de las clases medias, y he dedicado mis horas de ocio, casi exclusivamente, a establecer mi relación con simples trabajadores. Estoy contento y orgulloso de haberlo hecho así. Contento, porque así dediqué horas felices a conocer la realidad de la vida —muchas horas que de otro modo habrían estado ocupadas en discursos a la moda y etiquetas cansadoras—, orgulloso, porque de esta manera encuentro una oportunidad de hacer justicia a una clase de hombres oprimida y calumniada, los cuales a pesar de sus*

*posibles errores y de las desventajas de su condición, sin embargo, imponen respeto a todo el mundo, excepto a un espectador inglés; orgulloso, también, porque de este modo estoy en situación de defender al pueblo inglés del desprestigio creciente en que ha caído en el continente, como necesaria consecuencia de la política brutalmente egoísta y de la conducta general de vuestra clase media gobernante. (Federico Engels, *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, p. 26. El énfasis es mío).*

Estimado lector: Te recomiendo que leas la obra de Federico Engels antes citada, la cual fue altamente apreciada por Carlos Marx. De este modo, podemos comprender por qué Engels decidió, a pesar de pertenecer a la clase burguesa de Inglaterra de su época, entregar su vida para luchar, conjuntamente con Marx, contra la explotación capitalista.

**6.** Todo lo anterior nos lleva a una pregunta que está siempre presente cuando iniciamos un trabajo científico: Investigar, ¿para qué? En otros términos, ¿a quién servimos con nuestras investigaciones?, ¿cómo van a utilizarse sus conclusiones?, ¿quiénes se beneficiarán, o a quiénes se perjudicarán, con los resultados de nuestras pesquisas?



Los intereses de clase y, consecuentemente, las posiciones ideológico-políticas, están presentes tanto en la selección de los temas a investigar como en el uso de los resultados del quehacer científico.

\* \* \*

Los casos antes referidos son una muestra de la presencia de los intereses y de la ideología de los grupos dominantes, así como de las exigencias gubernamentales que no debemos dejar de lado cuando nos referimos a la investigación, ya que ésta no se da en abstracto sino que es un *proceso sociohistórico*, es decir, se realiza en determinadas condiciones sociohistóricas.

## BIBLIOGRAFÍA

Cuauhtémoc, Colección: Conciencia Cívica Nacional, Departamento del Distrito Federal, México, D.F., 1985. Consulta electrónica: [www.ieez.org.mx/CAP/Doc/Eulalia%20Guzman%20Barron.pdf](http://www.ieez.org.mx/CAP/Doc/Eulalia%20Guzman%20Barron.pdf).

Engels, Federico, *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, Edición de Cultura Popular, México, 1977.

Horowitz, Irving Louis, “Vida y muerte del Proyecto Camelot”, en *Revista de Ciencias Sociales*, número 2, junio de 1966.

Lewis, Oscar, *Los hijos de Sánchez*, Fondo de Cultura Económica, México, 2012.

Stavenhagen, Rodolfo, “¿De quién son los huesos de Cuauhtémoc?”. Ponencia presentada en el “Primer Congreso Nacional sobre La Práctica Sociológica, Ciudad de México, 17 de octubre de 1985.

Universidad de La Habana, “Imperialismo y Ciencias Sociales. La penetración de las fundaciones norteamericanas y la compra-venta de (algunos) intelectuales latinoamericanos”, en revista *Referencias*, La Habana, Cuba, mayo-junio de 1970.

## ANEXO I

(Fuente: Cuauhtémoc, Colección: Conciencia Cívica Nacional, Departamento del Distrito Federal, México, D.F., 1985. Consulta electrónica: [www.ieez.org.mx/CAP/Doc/Eulalia%20Guzman%20Barron.pdf](http://www.ieez.org.mx/CAP/Doc/Eulalia%20Guzman%20Barron.pdf). Fuente consultada el 23 de abril de 2015).

### *Descubrimiento de los restos de Cuauhtémoc Por la profesora Eulalia Guzmán Barrón*

*«El hecho fue fascinante, maravilloso, de aquellos que no es posible olvidar en la vida. Ocurrió el lunes 26 de septiembre de 1949.*

*Como era habitual y después de haberse asegurado el retablo y el pequeño túnel, se comenzó a trabajar a las ocho de la mañana.*

*Fue cosa instintiva, de verdadera inspiración, que se ordenara abrir una cala en cruz sobre la roca, partiendo del oriente donde había surgido la prodigiosa señal de aquel piso que parecía, y estaba, aderezado por la mano del hombre.*

*La obra se hizo con tanto cuidado, que consumió casi toda la jornada matutina. En cierto momento se vio que al terminar la roca, hacia el oriente, había barro endurecido por el tiempo. Resolvióse ahondar en el centro de la cruz, lo que hicieron los peones con la diligencia y el entusiasmo de siempre.*

*Ya se aproximaba la hora de abandonar la tarea y marcharse a comer; faltaban veinticinco minutos para las dos de la tarde cuando ocurrió lo presentido.*

*El peón Abel Rodríguez dio con la punta de su barreta, al estar perforando en el eje de la cruz, con algo que no tenía la resistencia ni la consistencia de la roca.*

*Desde que comenzó la exploración que se llevaba a cabo, la profesora Guzmán ordenó que, cuando algo extraño ocurriera, se diese una voz de atención, y así se hizo por vez primera.*

*Volvió el peón a golpear con su barreta, y el silencio absoluto que se había hecho permitió escuchar claramente una extraña repercusión. La expectación fue enorme. A esa hora los bordes del foso estaban coronados de impacientes, y, en la oscuridad, la investigadora y sus colaboradores seguían atentamente la maniobra.*

*Los peones pusieron al descubierto dos lajas de 50 centímetros de largo, aproximadamente, que estaban juntas y como cubriendo algo.*

*Las manos de aquellos hombres que habían sacado del foso las grandes y pesadas piedras del momoxtil, temblaban ahora.*

*-¡Levanten esas piedras! – ordenó una voz.*

*Y uno de los peones respondió: “-¡No puedo; es mi Rey!” Y lloraba... Por fin las dos lajas fueron removidas. Entonces sucedió algo extraño. Un olor acre, penetrante, molesto, invadió el recinto. Las gentes que se inclinaban curiosas para ver lo que ocultaban las piedras, se echaron hacia atrás; muchas se taparon las narices con pañuelos, otras con la mano.*

*Pronto se disiparon las emanaciones y se reanudó la exploración.*

*¿Qué había allí?*

*Bajo una gruesa capa de polvo veíase un objeto muy raro. Anselmo Marino Flores, con un pequeño cepillo, limpió la superficie ennegrecida. Era una placa oval de forma irregular. Al quitarla, brilló bajo una punta de lanza, como si fuera una llama.*

*Eulalia Guzmán tomó en sus manos la placa y dijo con su voz cálida, en medio del silencio, descifrando los caracteres a la luz de una lámpara de gasolina: ‘-Es una placa de cobre. Tiene una inscripción bajo una cruz latina: 1525, año del sacrificio; 1529, año del entierro. Y abajo: Rey e S. Coatemo’.*

*Una voz se sobrepuso a la emoción colectiva de las gentes que a esa hora llenaban la nave del templo: ‘-¡Viva el Rey Cuauhtémoc!... ¡Viva México!’.*

*Un repique había congregado al pueblo. Habíase obedecido la orden de los ancianos de que se echaran al vuelo las campanas cuando apareciera la tumba del Rey.*

*Los hombres abandonaron sus faenas, las mujeres sus casas, los niños y los maestros la escuela. Todos estaban en el templo, la respiración anhelante, las lágrimas en los ojos.*

*Como se había excedido la hora de suspender el trabajo, la señorita Guzmán, para no quebrantar la regla, citó a todos para las cuatro.*

*Y el pueblo, obediente, acudió puntual a la cita. No cabía en el templo; llenó la explanada que sirve de atrio. La profesora Guzmán resolvió salir con la placa oval y la punta de lanza hallada sobre los huesos.*

*La ansiedad era enorme. Todos querían ver lo que se había encontrado en la tumba. Eulalia Guzmán subió a una silla y mostró a todos, girando hacia los cuatro puntos cardinales, el óvalo de cobre y la punta de lanza, brillante y hermosa.*

*Los ancianos, poseedores de la tradición y el secreto, estaban en primer término; por sus mejillas rugosas rodaba el llanto.*

*‘-No hubo –dice la historiadora, recordando la escenaclameo no gritos.’*

*Luego de mostrarles los preciosos objetos, les rogó que se dispersaran para seguir trabajando y recoger los huesos, así como lo demás que hubiera en la fosa recién abierta.*

*La gente obedeció automáticamente. Pronto la explanada quedó solitaria.*

### ***La fosa y su contenido***

*Nuevamente estaba la investigadora frente al misterio de aquella fosa, en compañía de quienes habían venido trabajando con ella hacía seis días.*

*Era una fosa rarísima; medía 40 centímetros de largo por 32.5 de ancho y 40 de profundidad; más ancha en la superficie que en la base. Mirándola, se caía en la cuenta de que el último emperador de los mexicanos fue sepultado por Fray Toribio de Benavente, Motolinía, dentro de la rígida pobreza de la orden franciscana. Era tan pobre, que Eulalia Guzmán pensó al principio que se trataba de la fosa de ofrenda, o de los guardianes del Señor, idea que desechó al vaciar el depósito.*

*Los huesos estaban semihundidos o hundidos completamente, en polvo negruzco, que no era sino ceniza de la calcinación a que fueron sometidos, de acuerdo con el rito.*

*A manera de recipiente, unos fragmentos óseos del cráneo contenían los siguientes objetos: dos cuentas de*

*jade mexicano; dos anillos de metal en forma de cinta; tres medias cuentas de amatista; nueve cuentas pequeñas de metal, color verdoso; veintinueve cuentas grandes de metal, de idéntica tonalidad y, brillando con fulgores hermosísimos, un fragmento de cristal de roca, que originalmente se creyó un diamante sin tallar.*

*Abajo, en la base de la fosa, una placa de cobre de forma rectangular.*

*Todo era humilde en la escondida morada, menos el nombre del Héroe.*

*Aquella noche, al abandonar Eulalia Guzmán el templo de Ixcateopan, vio las calles desiertas y preguntó a uno de sus acompañantes, vecino del pueblo:*

*‘-¿Por qué están las calles tan desiertas, tan solas? ¿Dónde se hallan las gentes, que no celebran el gran acontecimiento?’.*

*Y recibió esta respuesta:*

*‘-Están encerradas en sus casas, llorando...’.*

*Así se descubrió la tumba del Rey y Señor de México, el Héroe Cuauhtémoc.*

*La noticia del hallazgo conmovió a la nación entera.*



*La figura que hasta antes de Ixcateopan había tenido un contorno difuso, impreciso, casi mítico, cobraba ahora tan definida realidad, que su presencia se sentía en el dilatado ámbito de México. Diríase que Cuauhtémoc volvía después de su martirio y de su muerte, con un señorío solamente reservado a unos cuantos en la historia turbulenta del planeta.*

*Divulgada la noticia, todas las campanas del Estado de Guerrero repicaron jubilosas. Indígenas de la comarca en que Ixcateopan está enclavada, es decir, hombres y mujeres del antiguo reino de Zompancuahuitl, llegaron hasta el templo para dejar sus lágrimas y sus flores.*

*Dos mujeres, procedentes de un remoto lugar, dijeron: ‘-Sabíamos que aquí estaba y que fue muy hermoso, y ahora venimos a verlo...’*

*Una gran bandera nacional –la bandera del México libre- cubrió las cenizas del Héroe, y otra más pequeña se replegó amorosamente sobre la fosa recién abierta, tal como una madre acoge en su regazo a su hijo pequeño.*

*Eulalia Guzmán dijo, al ser declarada hija predilecta de Ixcateopan: ‘- Cuauhtémoc ha nacido por segunda vez, espiritualmente, en su amada tierra que es México’. Y sus palabras traducen exactamente la realidad.*

*Al día siguiente del descubrimiento llegó el gobernador de Guerrero en compañía de la señora Leyva Mancilla*

*y del general Miguel Fuentes Pérez, representante de la Comandancia militar de la Zona. Los tres fueron recibidos por el pueblo y las autoridades, y otra vez las muchachas lugareñas les pusieron al cuello hermosos collares de zem-pazúchil, de los que se despojaron al estar frente a la tumba, para colocarlos sobre ella como simbólica ofrenda.*

*La profesora Guzmán puso en manos del gobernador una pequeña cuchara de albañil para que con ella levantara la placa cuadrangular que servía de base al enterramiento. Justo homenaje al funcionario y al hombre que auspició moral y económicamente la exploración que tan espléndido resultado había tenido».*

**(Fuente:** Cuauhtémoc, Colección: Conciencia Cívica Nacional, Departamento del Distrito Federal, México, D.F., 1985. Consulta electrónica: [www.ieez.org.mx/CAP/Doc/Eulalia%20Guzman%20Barron.pdf](http://www.ieez.org.mx/CAP/Doc/Eulalia%20Guzman%20Barron.pdf). Fuente consultada el 23 de abril de 2015).

## ANEXO II\*

### ¿DE QUIEN SON LOS HUESOS DE CUAUHEMOC?\*

Reflexiones sobre las ciencias sociales en México

[17 de octubre de 1985]

Rodolfo Stavenhagen

La sociología y las ciencias sociales afines en México tuvieron su gran período de expansión a partir de la década de los cincuentas, cuando se funda la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, en la que se establecieron las carreras de sociología y de ciencia política. Ya desde antes se "hacía" sociología en México, especialmente en el Instituto de Investigaciones Sociales de la propia UNAM (fundado en 1938 por Lucio Mendieta y Nuñez) y se habían organizado diversos congresos nacionales de sociología. Pero si bien no puede negarse la labor pionera de aquellos maestros que realizaban investigación social en el Instituto y quienes se unieron para fundar lo que actualmente es la Facultad Nacional de Ciencias Políticas y Sociales, una hojeada a las publicaciones sociológicas de aquellas épocas (libros, artículos, ponencias para congresos etc.) nos haría calificar esa etapa del quehacer sociológico en nuestro país como una etapa "pre-científica", como se diría ahora. Y es que la mayoría de los que impulsaron y llevaron a cabo las investigaciones sociales no habían recibido entrenamiento formal como sociólogos; provenían de las carreras

---

\* El original de la ponencia obra en mi poder. Una disculpa a los lectores por la imagen borrosa, producto de los estragos del tiempo.

de derecho, fundamentalmente, o de filosofía y letras (la Facultad de Derecho se llamó durante mucho tiempo, de Derecho y Ciencias Sociales). Sus trabajos fueron básicamente de orden doctrinario (como el famoso texto de sociología de Antonio Caso o los trabajos generales del propio Mendieta y Nuñez), o bien se trataba de ensayos sobre problemas sociales de México, basados en pocos datos empíricos y carentes de rigor metodológico; pero no por ello menos importantes como contribución al conocimiento del México de entonces.

Esta situación cambió con la creación de la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales, momento a partir del cual se formaliza la enseñanza universitaria de la sociología en México, primero a nivel de licenciatura y algunos años después a nivel de maestría y doctorado. Después se irían creando nuevas escuelas y departamentos de sociología en otras instituciones universitarias. No habiendo tenido experiencia previa en México en esta materia, resulta que el primer programa curricular de la sociología fue prácticamente copiado del que en aquellos años se llevaba en la Facultad de Sociología de Lovaina, Bélgica, una universidad católica del más clásico corte tradicional europeo. Recuerdo que fui invitado a impartir una clase en el tercer año de la carrera de sociología, allá por 1956 (yo era entonces estudiante de antropología y de economía y había tomado unos cursos de sociología en Estados Unidos y en Francia). Se me dio a

## INVESTIGAR, ¿PARA QUÉ?

---

escoger entre sociología de la religión y sociología de la familia. Siendo ateo, me pareció un poco inapropiado echarme a cuestras la cátedra de sociología de la religión (tema, por lo demás, que no había tenido la oportunidad de estudiar). En cambio, como soltero alegre, acepté gustosamente la clase de sociología de la familia, a la que llevé algunos conocimientos y elementos de mis estudios de antropología, es decir, material comparativo de las llamadas sociedades primitivas y no- occidentales. Recuerdo que alguna que otra alumna salió indignada por mi crítica a la familia monogámica (siguiendo a Engels, por supuesto) y mis análisis no del todo negativos de la familia poligámica. Una de las alumnas me mandó en una ocasión a su papá, quien quería verificar qué tipo de bicho manejaba ideas tan subversivas en clase. X

No creo que algo así ocurriría hoy día. Lo que demuestra que los tiempos han cambiado y la sociología también. Toda la Facultad tenía entonces no más de 400 alumnos, divididos en cuatro carreras. Y no fue sino a mediados de la década que el país pudo contar con un puñado de sociólogos recibidos y titulados. Huelga decir que la ENCPS recibió un fuerte impulso cuando asumió la dirección Pablo González Casanova quien, sin ser sociólogo de formación, trató sin embargo de encauzar la carrera hacia el desarrollo de la sociología científica, es decir, de la ciencia social en el auténtico sentido de la palabra.

Por sociología científica se iría a entender bien pronto en nuestro medio (durante los años cincuentas y sesentas) la investigación empírica realizada mediante métodos cuantitativos, conceptos rigurosamente definidos, hipótesis verificables, y todo ello orientado hacia la investigación de temas concretos y circunscritos. El modelo de la investigación científica en ciencias sociales era la ciencia social norteamericana. Regresaban a México los primeros sociólogos con posgrado en universidades norteamericanas y se publicaban con creciente éxito las traducciones de los textos y manuales sociológicos de Estados Unidos. Tal pareciera que se rechazaba el tradicional modelo europeo de ciencia social, ya un poco añejo, y que íbamos a adoptar acríticamente la llamada sociología científica, modelo de objetividad y neutralidad valorativa. Lo que es más, así la sociología iba a poder demostrar su calidad de "ciencia" dura frente a las críticas e incredulidad de nuestros colegas de las ciencias naturales, quienes negaban (y generalmente siguen negando) a las disciplinas sociales el tan anhelado título de "ciencias".

Pero el bello y llano camino hacia la ciencia sociológica se vio de pronto empañado por acontecimientos de gran envergadura que sacudieron la conciencia social de muchos mexicanos, así como de América Latina en general. Me refiero al impacto que tuvo en México (así como en otros países de América Latina) la Revolución

## INVESTIGAR, ¿PARA QUÉ?

---

Cubana y su secuela de luchas sociales, movimientos populares y actividades revolucionarias que ocurrieron en diversos países del continente (y en menor grado en México) durante la década de los sesentas.

Antes de que tuviera tiempo la sociología empírica, cuantitativa, llamada por algunos "científica", de consolidarse en nuestro país, los investigadores sociales mexicanos adquirieron conciencia que los grandes problemas sociales del país y de la época rebasaban las posibilidades de análisis que ofrecía la llamada sociología científica, que tan en boga se hallaba todavía allende el Rio Bravo. (Aunque también por allá se escuchaban los primeros barruntos de una crítica profunda a los paradigmas existentes, en las figuras de C. Wright Mills y Alvin Gouldner, entre otros.)

Al mismo tiempo llegaban a México los primeros aportes de la nueva izquierda francesa (Henri Lefebvre, Althusser), ya sea de manera directa o a través de ensayistas y teóricos latinoamericanos. Surgió, o más bien resurgió en el medio académico mexicano (porque ya en los años treinta se había hecho presente y en realidad nunca había desaparecido del todo de la universidad mexicana), el marxismo. El marxismo como teoría, como marco de análisis, como método y también como ideología y acción políticas. La sociología mexicana, así como las demás ciencias sociales (porque ni la ciencia política, ni la antropología ni la

economía fueron excepciones), redescubrieron las obras de Marx y sus seguidores y adoptaron el marxismo prácticamente como único marco analítico para el estudio de la realidad nacional y continental. Esta nueva orientación se reflejó pronto en los programas de estudio universitarios y en las investigaciones y publicaciones sociológicas desde fines de la década de los sesentas y los setentas.

La orientación marxista permitió enfocar las macro-estructuras de la sociedad mexicana en su contexto histórico e internacional; se procuraba desentrañar las raíces de la dinámica del sistema y no perder el tiempo con tal o cual problemita en particular. Los temas fueron el Estado, el capitalismo dependiente, los modos de producción, las etapas de acumulación, los períodos históricos en su conjunto. Posteriormente surgió el interés por los movimientos sociales, obreros, campesinos, estudiantiles, populares, sobre todo a raíz del gran movimiento estudiantil y popular de 1968, que tan profundas huellas dejó en la conciencia nacional. Se trataba de entender los grandes procesos y de aplicar las categorías del marxismo a nuestra realidad, en vez de analizar datos y verificar hipótesis a nivel micro. Lo que es más, la sociología marxista no sólo sirvió para analizar las macro-estructuras y los grandes procesos, sino pronto se transformó en instrumento de crítica del sistema dominante y de las políticas desarrollistas del Estado.



## INVESTIGAR, ¿PARA QUÉ?

---

En contraste con la sociología científica, empírica, fue desarrollándose la sociología crítica, neomarxista y se llegó a rechazar todo enfoque que no encuadrara dentro de este marco. Proliferaron los cursos de economía política y de materialismo histórico. En vez de considerar el marxismo como una corriente sociológica fundamental, como una teoría social que debía ser confrontada con otras, muchos pseudo-marxistas de la época se aferraron a versiones simplificadoras y dogmáticas del marxismo como la única verdad. Los debates y las discusiones intelectuales se tornaron controversias ideológicas en vez de polémicas científicas. Recuerdo a un alumno que no quería leer a Durkheim porque este no era marxista; y a otros que no le veían sentido a hacer trabajo de campo porque todo fenómeno social se explicaba por el hecho que somos un país capitalista dependiente.

Con el marxismo sociológico también ocurrió lo que tenía que suceder. Al tomarse más como un dogma y tratar de aplicarlo mecánica y simplistamente en vez de utilizarlo como un método analítico de manera creativa, el neo—o pseudo-marxismo de los setentas resultó ser estéril para orientar la investigación social o interpretar adecuadamente nuestras realidades. Sin negar lo fundamental del aporte marxista, a partir de fines de los setentas y la actual década, se advierte en el quehacer sociológico en México la búsqueda de una nueva síntesis, una

orientación más ecléctica y más diversificada, que recoge lo mejor de la tradición empírica y del enfoque marxista y que busca sólidas raíces en el método científico.

Hasta aquí me he referido a algunas de las grandes tendencias que se advierten en la sociología mexicana como disciplina académica, de docencia e investigación, durante las últimas tres décadas. Como todo esquema general, éste representa seguramente sólo una realidad parcial y el desarrollo de nuestra disciplina ha sido más complejo y multifacético de lo que pudiera parecer a primera vista. El tema de este Congreso es "la práctica sociológica", que significa, de hecho, la práctica de los sociólogos de México en su quehacer cotidiano. Y sólo algunos se dedican a la docencia y la investigación académicas. Muchos otros trabajan en la administración pública o en empresas y también hay algunos osados que trabajan "free-lance".

La práctica sociológica plantea diversos problemas analíticos y morales. En general, la relación entre el sociólogo y la sociedad merece un estudio cuidadoso, que rebasa el marco estrecho de esta exposición. Yo quiero referirme solamente a un aspecto que me parece esencial, particularmente en nuestro medio, y que se refiere a la peculiar relación que existe entre el especialista en ciencias sociales y el poder público. Hablo del especialista en ciencias sociales en general porque el tema no es exclusivo de los sociólogos. Y al hablar del poder público, me

## INVESTIGAR, ¿PARA QUÉ?

---

refiero no solamente al gobierno que emplea científicos sociales y paga por sus servicios, sino al aparato de Estado en su conjunto, tal como lo enfrentan los científicos sociales en la actualidad aunque no sean empleados federales o estatales.

En los países capitalistas desarrollados el grueso de los científicos sociales no tiene generalmente durante su carrera mucho contacto con el gobierno; su quehacer profesional lo lleva a cabo en el marco de las instituciones académicas, privadas o sociales. Si trabaja en la administración pública, la relación profesional cubre una actividad específica, claramente definida. En nuestro país no sucede así. La relación entre el científico social y el estado es en el mejor de los casos ambigua, con frecuencia confusa y a veces conflictiva. Los científicos sociales en México, aún cuando laboran en las instituciones académicas, se definen mucho más en relación con el Estado que sus colegas en otros países. Veamos algunos de los problemas que se presentan a este respecto.

1) El sociólogo, antropólogo o politólogo que trabaja para el gobierno con frecuencia se encuentra ante el problema de no poder definir claramente cuál es su tarea o qué se espera de él. El administrador o burócrata que dirige el servicio o departamento en el cual labora el científico social tiene una idea del trabajo de éste (si es que tiene alguna), y el científico social tiene otra idea al respecto. La percepción del

científico social es que los burócratas no entienden para qué sirven las ciencias sociales. Estos, a su vez, sienten que los científicos sociales no entienden los problemas prácticos, inmediatos, que los administradores deben resolver.

2) Los administradores quieren soluciones y los científicos sociales proponen encuestas, sondeos, diagnósticos e investigaciones. Los estudios toman tiempo y cuando están terminados los científicos sociales tienen con frecuencia la impresión que no se les hace caso, que los informes se quedan en las gavetas y que el trabajo ha sido inútil. Los administradores, se dice, toman las decisiones que quieren sin tomar en cuenta los estudios y las opiniones de los científicos sociales. Esto conduce a sentimientos de inutilidad y frustración.

Durante un coloquio reciente sobre el papel de los sociólogos en las empresas públicas, aquellos se quejaban que se sabía realmente muy poco acerca de la función de los sociólogos en la empresa, que sus tareas estaban mal definidas y que con frecuencia los resultados de su trabajo no eran tomados en cuenta por la gerencia. Se afirmó que la empresa es un sistema de intereses y que en este sistema el sociólogo debería ser el vínculo entre los intereses de los obreros y los de la gerencia. Se sugirió que en este caso, el sociólogo debería ser en primer lugar un investigador, en segundo lugar un diseñador que propusiera soluciones a los problemas, y en tercer lugar un

## INVESTIGAR, ¿PARA QUÉ?

---

participante activo en la implementación de estas soluciones. Me parece que este diagnóstico se puede aplicar a las relaciones entre el sociólogo y la administración pública. Lo curioso del caso es que el mencionado coloquio tuvo lugar en Sofía y se refiere a la situación en Bulgaria.

3) Con frecuencia los científicos sociales son llamados a justificar y legitimar determinadas decisiones del poder público. Cuando esto sucede, pueden ocurrir fuertes conflictos de intereses entre unos y otros. La literatura profesional está llena de ejemplos al respecto. En Estados Unidos, por ejemplo, se ha criticado a los sociólogos (y también psicólogos, dicho sea de paso) que trabajan en las empresas industriales por coadyuvar en la explotación de los trabajadores y justificar la política laboral del gran capital. En México, se ha dicho que los antropólogos que trabajan en la política indigenista del Gobierno sirven a los intereses de un Estado burgués y no a los de las comunidades y pueblos indígenas.

A este respecto recuerdo que mi primer trabajo profesional, siendo aún estudiante, fue precisamente colaborar con la Comisión del Papaloapan en el desalojo de centenas de familias mazatecas cuyas tierras y pueblos iban a ser inundados por las aguas de una presa en el sur de Veracruz. Se nos decía que estábamos coadyuvando al progreso del país, y que la colaboración de científicos sociales en tan delicadas tareas de desalojo

representaba un gran adelanto en cuanto a relaciones humanas. Después me fuí preguntando acerca de las implicaciones éticas de todo este proceso. A los mazatecos nadie los había consultado ni sus intereses habían sido tomados en cuenta en este proceso de cambio, y como era de esperarse, ellos resultaron ser los más perjudicados en este gran proyecto de desarrollo regional.

Hace algunos años, creo que fue en 1949, la prensa anunció con grandes titulares que en Ixcateopan, Guerrero, habían sido descubiertos los huesos del último emperador azteca, Cuauhtémoc. El anuncio despertó el fervor nacionalista del pueblo mexicano. Pocos años antes se había descubierto la tumba de Cortés y los hispanófilos mexicanos estaban agitando para que se le rindiera justo homenaje a Hernán Cortés como conquistador y civilizador de México. Al descubrirse los huesos de Cuauhtémoc, los mexicanos podían ahora rendir justo homenaje al héroe de la resistencia antiespañola. El hallazgo llenaba una necesidad política e ideológica del nacionalismo mexicano. La historiadora Eulalia Guzman, descubridora del entierro, fue homenajeada públicamente, incluso en la Cámara de Diputados.

Para que las cosas se hicieran bien, el Instituto de Antropología nombró una comisión científica con el objeto de estudiar el hallazgo y rendir su dictámen. Este fue negativo: los huesos encontrados no eran de la época prehispánica y correspondían a individuos de ambos sexos y diversas edades. El

## INVESTIGAR, ¿PARA QUÉ?

---

entierro correspondía a un período posterior al de la Conquista. La opinión pública se indignó contra los antropólogos y se nombró una segunda comisión, la cual tuvo que concluir en el mismo sentido que la primera. Se exacerbó el nacionalismo y patriotismo. Los científicos fueron acusados de traidores a la patria y un indignado ciudadano sugirió que se les fusilara por la espalda. El asunto quedó allí y en Ixcateopan la tradición popular seguía rindiendo homenaje a los restos de Cuauhtémoc.

Unos años después, durante el régimen de Echeverría, un folclórico gobernador de Guerrero pidió que se declarara formalmente, por acto de gobierno, que los restos de Cuauhtémoc eran auténticos y que se transformara Ixcateopan en sitio de honor de la patria. El presidente Echeverría, con encomiable prudencia, no queriendo dejarse sorprender, nombró una nueva comisión de estudios (la tercera), para que hiciera el dictamen definitivo sobre tan delicado asunto. La comisión de antropólogos, historiadores, paleógrafos, químicos, geólogos, paleontólogos y otros especialistas, trabajó durante varios meses en el más absoluto secreto y rindió al Presidente su informe definitivo. En este se dictaminaba una vez más que los mentados huesos no eran los de Cuauhtémoc y que toda la historia había sido fraguada a principios de siglo para que el anuncio del descubrimiento coincidiera con las fiestas del Centenario. Sólo que el autor del fraude murió antes de tiempo y no fue sino

entierro correspondía a un período posterior al de la Conquista. La opinión pública se indignó contra los antropólogos y se nombró una segunda comisión, la cual tuvo que concluir en el mismo sentido que la primera. Se exacerbó el nacionalismo y patrioterismo. Los científicos fueron acusados de traidores a la patria y un indignado ciudadano sugirió que se les fusilara por la espalda. El asunto quedó allí y en Ixcateopan la tradición popular seguía rindiendo homenaje a los restos de Cuauhtémoc.

Unos años después, durante el régimen de Echeverría, un folclórico gobernador de Guerrero pidió que se declarara formalmente, por acto de gobierno, que los restos de Cuauhtémoc eran auténticos y que se transformara Ixcateopan en sitio de honor de la patria. El presidente Echeverría, con encomiable prudencia, no queriendo dejarse sorprender, nombró una nueva comisión de estudios (la tercera), para que hiciera el dictámen definitivo sobre tan delicado asunto. La comisión de antropólogos, historiadores, paleógrafos, químicos, geólogos, paleontólogos y otros especialistas, trabajó durante varios meses en el más absoluto secreto y rindió al Presidente su informe definitivo. En este se dictaminaba una vez más que los mentados huesos no eran los de Cuauhtémoc y que toda la historia había sido fraguada a principios de siglo para que el anuncio del descubrimiento coincidiera con las fiestas del Centenario. Sólo que el autor del fraude murió antes de tiempo y no fue sino



## INVESTIGAR, ¿PARA QUÉ?

---

Lyssenko, no sobrevivieron para contarlo.

En México, podemos referirnos al caso de los huesos de Cuauhtémoc como un curioso incidente de la historia reciente, pero no lamentamos ni pérdidas de vida ni pérdidas de libertad por razones científicas. Sin embargo, la diferencia es de grado solamente y el peligro de que el poder se apodere (valga la redundancia) de la ciencia social (y de la ciencia en general) está siempre latente. Poco se imaginaban los biólogos y antropólogos alemanes de los años treinta que las descabelladas teorías racistas apropiadas por el Estado serían la base del más espantoso genocidio que la humanidad haya conocido. Cuando el poder se apodera de la ciencia, se apropia también las conciencias, y entonces comienza a desaparecer la libertad.

4) Felizmente, son pocas las situaciones como las descritas. Por lo común, los científicos sociales enarbolan las causas populares y optan por defender los intereses de las clases oprimidas y de los grupos marginados. Están convencidos que sus conocimientos y su formación profesional ha de servir a las causas social, moral y políticamente justas y no para legitimar o defender tal o cual estructura del poder, o tal o cual política de gobierno. Esta orientación plantea un reto grande a la imaginación y al profesionalismo de los científicos sociales.

Tomemos como ejemplo las trágicas consecuencias del terremoto que acaba de azotar a la ciudad de México. Tal vez el

sismo político que se ha desencadenado tenga a la larga mayores consecuencias que el temblor en sí. Este reveló al gran público aspectos de la vida urbana que los científicos sociales conocían desde hace tiempo: la equivocada política de urbanización seguida por el Estado durante las últimas décadas; la corrupción y el fraude en la construcción de los conjuntos urbanos; la inicua explotación de las trabajadoras de la industria textil; la violación de los derechos humanos de los detenidos por la policía; y, por otra parte, la increíble capacidad de movilización y organización de la sociedad civil al margen de las estructuras oficiales.

Ahora, las ciencias sociales en México pueden contribuir no solamente a la crítica de las estructuras existentes sino también al diseño de modelos alternativos de desarrollo urbano y a la formulación de nuevas políticas más humanas y más populares. Lo que no pueden hacer las ciencias sociales, como tales, es imponer soluciones.

5) Pero estas tareas tampoco están exentas de trampas y peligros, que la sociología en México ha tratado de sortear con mayor o menor éxito.

Una ciencia social crítica, radical y comprometida (como alguna vez propuse en un discurso) significa no solamente colocar el quehacer sociológico de lleno del lado de los intereses nacionales y populares, sino también, y sobre todo, conservar y

## INVESTIGAR, ¿PARA QUÉ?

---

fortalecer el rigor metodológico y conceptual de la ciencia social misma. Esto no siempre es fácil. Porque hay muchos que confunden ciencia social con ideología, sociología con socialismo, investigación con política y docencia con proselitismo. Ya Weber señalaba la diferencia entre la vocación sociológica y la vocación política, y aún si no aceptamos todo el esquema weberiano por irreal (sobre todo en un mundo como el nuestro), no hay que olvidar que el sociólogo alemán apuntaba hacia una disyuntiva fundamental y permanente. Por otra parte, Marx demostró que sí se puede hacer ciencia y política al mismo tiempo, pero Marx nunca permitió que su compromiso político mermara el rigor y el cuidado de su actividad de investigador y analista. Y por ello pasó a la historia.

El científico social mexicano --y yo diría que lo mismo sucede en otros países de América Latina-- es consciente que tiene una responsabilidad social. Es, con frecuencia, la única voz de aquellos que no tienen voz, que no pueden hacerse escuchar en la sociedad. Esta es una función de la ciencia social en países como los nuestros que no aparece en los manuales escolares y los textos universitarios. Es una función fundamental que debe ser conservada a como dé lugar.